

## Lado B

Daniela López Arriaga



Image not found.

# Capítulo 1

Inicio: Una noche trágica.

La luna velaba el sueño de una niña recién nacida mientras su fulgor alumbraba los pasos cansados de un hombre con ninguna otra ilusión más que esa que sostenía en brazos.

Estaba envuelta en un impermeable amarillo. La silueta delicada de la dueña de aquella prenda descansaba en el suelo. Recuperándose de lo que había sucedido minutos antes.

La noche era espectadora de aquel inusual encuentro. Las lámparas de neón habían acallado sus zumbidos, así como pretendiendo no despertar a la niña. Como intentando no borrar aquella magia, esa pequeña chispa de esperanza que surge en el corazón de más de un par de personas con ese acto tan incoherente que es la vida.

El hombre de la gabardina cubrió con ella a la mujer en el suelo. Respiraba lento, mientras el vapor que salía de sus labios apresuraba un acto anticipado. Él tenía que sacarla de ahí.

Ella recordaba. Volvieron a su mente miles de memorias. El nombre del sujeto que caminaba por el callejón, visiblemente preocupado. El nombre de la pequeña que él sostenía en brazos. El nombre de la voz en su cabeza.

—Tenemos que huir —la voz del hombre llenó el vacío, rebotando entre los ladrillos enmohecidos de los edificios que los rodeaban.

Aquel efecto que regalaba el silencio se desvaneció. Una rata corrió por la escalera de incendios, marcando sus pasos con un ruido metálico y pringoso a la vez. El olor pútrido de varios animales en descomposición volvió a inundar sus fosas nasales. Definitivamente, la belleza en aquella escena se limitaba al brillo en las mejillas sonrosadas de Ahrenys y en la sonrisa de Leah.

Nada más necesitaba el hombre de la gabardina para tomar su decisión.

—¿A dónde? Sabes que no estamos seguros en ningún lugar —la mujer trató de incorporarse entre jadeos. Gabriel se acercó a ella, poniéndose de rodillas.

—No volveré —él la miró a los ojos, jurando en silencio una promesa que jamás cumpliría.

—Mátame y llévatela

Ambas palabras calaron en el corazón del hombre como un par de puñaladas. Leah había perdido demasiada sangre como para que viviera, pero tal vez podría intentarlo. Las lágrimas resbalaron por sus mejillas, recordándole su debilidad.

—No, Leah. Déjame llevarte, por favor —sollozaba, rogando a la luna se metiera en sus propios asuntos.

—No pierdas el tiempo. Él viene —respiraba con dificultad. Cada palabra le costaba, pero tenía que ser dicha. El reloj nunca se detendría— quiero verla, Gabriel.

Él colocó el bulto amarillo entre sus brazos. Ella le besó la frente y pronunció un apodo que él jamás olvidaría.

—Dile así siempre, por favor.

Aquel recuerdo se fue de la memoria del hombre de la gabardina. Solo las huellas de un último beso quedaron impresas en sus labios. El roce de un par de manos que lloraban al unísono. El temblor en la voz de aquella mujer que pudo haber amado. El tiempo pareció haberse apiadado de esa pintura, deteniendo el viento y el mundo en lo que pudo ser un último aliento.

Le fallaría con el pasar de los años. Solo tendría una oportunidad de pronunciar aquellas palabras que ella había ordenado, pero no la desperdiciaría. Aunque la vida se le fuera en ello.

Se separó de ella cuando vio que sus ojos se habían cerrado. No se consideraba capaz de dejarla morir. La mataría, por piedad. No dejaría que el frío consumiera su cuerpo y le robara toda la vida que le quedaba. El fuego de su cabello refulgía a la tenue luz que entraba al callejón. Era hermosa. Siempre lo sería.

Le apuntó al corazón, con la pequeña removiéndose en sus brazos. Pidió perdón a cualquiera que pudiera juzgarle en años venideros. Rogó a su madre que no mirara. Pidió a su padre fuerza para dejar de llorar y que el temblor en su mano desapareciera.

Se detuvo.

Le quitó la gabardina de encima y cubrió a la niña. Volvería y pondría a Leah a salvo, tal vez. Si era lo suficientemente rápido, podría.

Corrió a la boca del callejón, oteando en la oscuridad alguna luz que le indicara algo de resguardo. Apresuró el paso buscando entre las casas de

la ciudad a alguien que pudiera ayudarle. Al menos que tuviera a la niña mientras él llevaba a Leah a un hospital.

Un restallido plantó sus pies en el suelo.

Se atrevió a pensar que era un trueno, tratando de engañarse a sí mismo. Pretendiendo que nada malo sucedería, tratando de salir de esa pesadez que de repente se apoderó de él. Dar un paso en falso podría ser su ruina. Y con él, iba más de una vida.

Pretendió que nada malo pasaría mientras giraba sobre sus talones de vuelta al callejón. Intentó convencerse de cualquier manera imaginable de que Leah estaba bien.

La penumbra le permitió ver a una silueta masculina parada al lado de la mujer que yacía en el suelo, por quien Gabriel rogaba en silencio que siguiera con vida. No habría más esperanza que aquella que se removía cerca de su pecho.

Un sonido metálico ajeno a la escena que alumbraba la luna se desdibujaba confundiendo con el sonido de los pasos de un hombre que llevaba en brazos todo aquello que le daría sentido a su vida en años venideros. Se acercó en silencio, cargando el peso de los recuerdos que lo apresaban y alentaban sus pasos. Los hombros le dolían tanto como su conciencia. Dejar a Leah sola... ¿por qué habría hecho semejante estupidez? Nunca lo sabría, incluso después de las miles de noches que pasaría pensando en ello.

—Tú la mataste. No fui yo —la silueta habló.

Sus rasgos comenzaron a dibujarse en la oscuridad. Un rostro que jamás olvidaría.

Gabriel asintió. La culpabilidad había hecho presa de él, por completo. Las lágrimas rodaban por sus mejillas sin siquiera darse cuenta. Ahrenys comenzaba a quejarse, soltaba pequeños gemidos. Presagios de una noche trágica.

—Solo hice tu trabajo, eso que jamás podrías haber hecho —la voz continuó, tan suave como siempre había sido, aún bajo aquellas condiciones— dame a la niña, Gabriel. Yo la cuidaré.

—No —él movía la cabeza de un lado a otro. Tratando de encajar las voces en su cabeza, tratando de acallar los gritos de dolor que guardaba por dentro.

Estaba fuera de su cuerpo. Se sentía totalmente ajeno a ese tiempo, a ese

lugar. Incluso al llanto estridente de su recién nacida hija.

—Gabriel, vuelve con Tabatta y dile que cumpliste. Nadie buscará a la niña conmigo —Adler se acercó lentamente, tomando a la niña.

Gabriel no mostró resistencia alguna. Miraba al vacío, contemplando la sangre que salía del agujero en el pecho de Leah. Viendo el resplandor de su vida escaparse junto con el último rastro de calor de su cuerpo.

—Se llama Ahrenys —logró articular.

Adler tiró la gabardina que cubría a la niña al lado del cadáver de la mujer.

—Lindo nombre. Espero no volverte a ver.

Gabriel nunca sintió sus rodillas crujir bajo su peso, cuando el peso de sus recuerdos fue insoportable. Sintió la culpabilidad ahondar en su corazón. Pudo haberla cuidado, salir escapando con ella. Ya no había nada que remediar.

Adler desapareció en el callejón fundiéndose en la oscuridad, dejando tras de sí el eco del llanto de Ahrenys, desesperado, completamente consiente de lo que había sucedido esa noche. Acompañando el dolor de Gabriel hasta lo más profundo de su alma.

No recordaría los minutos que pasó rogándole a la luna que no lo abandonara, y como ésta en su arrogancia se cubrió bajo la sombra de las nubes de otoño, ignorando su dolor. Pronto no recordaría como esa noche durmió aferrado al cuerpo sin vida de la que un día fue su mejor amiga.

Había muchas cosas que pretendería no recordar.

## Capítulo 2

Silencio:

Las lágrimas de Ahrenys cayeron silenciosas sobre el papel una tras otra, deslizándose por la superficie hasta desaparecer mojando su traje. Y cayeron más, y cayeron miles rodando abajo por otros ojos más allá de la oscuridad de la oficina que la encerraba, ojos pequeños y grises que nunca habían llorado antes. En unos ojos que solo pudieron escuchar la voz de su padre una última vez. Una voz que anhelaba su nombre, aunque no fuera el correcto. Solo el dolor de la pérdida quedaba en esos ojos.

Esa noche incluso el cielo lloraba. El viento aullaba mientras su furia amenazaba a alguien o algo dentro, descargándose contra los grandes ventanales, mostrando que no solo los humanos tienen derecho a la tristeza y que aquellos sollozos podía sentirlos hasta la nieve, quizá enfriando un poco más su alma blanca.

Si se mirara con atención, esos ojos azules habrían perdido gran parte de su brillo. Uno que no recuperarían jamás. Un sentimiento que jamás debió haber sido despertado creció en Ahrenys. Esos ojos azul vibrante ahora conscientes del mundo, verían más de lo que deberían.

Antes de que el sol saliera decidió caminar a la habitación más oscura del complejo. Caminó tocando las paredes, escuchando los sueños de aquellos que aún gozaban de la libertad que les brindaba la ignorancia. Caminó sin darse cuenta que sus pies habían dejado de sentir el suelo.

Entró por su nariz el olor a sangre. El hierro hizo su trabajo, al igual que el frío de aquella madrugada. La habitación se encontraba tal y como la había dejado.

El cabello de Ivette ahora era carmesí. Sus ojos estaban abiertos, aun suplicantes. No había cumplido con lo que Ahrenys le había pedido. Tal vez luego buscaría en la oficina de Aurora por aquella caja, que era todo lo que necesitaba.

Pero siempre había más tiempo que vida.

Sonrió con aquella frase que le dio una nueva perspectiva a la ironía de ser traicionado. Caminó dejando atrás a Ivy y Aurora, hasta donde Gabriel se encontraba. Llamó de algún lugar a un colibrí de alas color de plata manchadas de rojo. Fue fácil cortar las ataduras de su padre con ellas, al igual que le pareció fácil mirarlo a los ojos, esos que no pudieron verla una última vez. Los cerró lentamente con sus dedos, cuidadosamente. Imaginándolos llenos de color y vida. Color dulce como la miel, con una

aureola dorada alrededor de la pupila. Así sería como los recordaría.

El corte en el cuello no lo había decapitado por poco. Ahrenys volvió a poner la cabeza de Gabriel en su lugar, pidiendo que no se moviera, y ésta obedeció -con un poco de su ayuda-. Lo levantó sin tocarlo. Entrelazó sus manos sobre su pecho y lo llevó flotando hacia el patio, ignorando las huellas de sangre que dejaba al caminar por el vestíbulo. Las limpiaría luego, con suficiente cuidado.

Dejó a Gabriel tumbado en la nieve, mientras miles de copos se posaban sobre él. La adrenalina había decaído lo suficiente como para que comenzara a sentir los estragos de aquella noche. Los sentiría durante varios días, pero realmente no le importaba. Había cosas que simplemente debían ser hechas.

Buscó no por mucho tiempo una pala. Dedicó el resto de la noche a cavar con sus propias manos el lugar en el que enterraría a Gabriel. La tormenta no ayudaba, pero eso era lo de menos. Había dejado de sentir el frío y los temblores habían pasado muchas horas atrás. Ahora el frío con el que debía lidiar era mucho más profundo. Ese no se quitaría con un poco de trabajo.

Tenía ampollas en las manos y los dedos rígidos mientras que las lágrimas habían quedado congeladas en la cara. Sus pestañas y cejas estaban llenas de escarcha, pero estaba bien, y aún tenía algo de energía para terminar con su trabajo.

Depositó a Gabriel dentro del hueco donde entró a duras penas. Estaba casi cubierto de nieve. Lo miró por última vez y decidió pensar que sí había sido feliz.

—Hasta luego, papá —creyó que sería lo correcto, y tal vez lo fue.

Pensó que algún día el lugar que ahora ocupaba la nieve se vería cubierto de pequeños dientes de león en flor y que Isona jugaría corriendo entre ellos sin preguntar nada, creyendo que olvidarían aquella noche.

Todo el mundo podía olvidar. El viento asentía a regañadientes. Siempre cambiante, siempre distinto. La misma ráfaga que algún día le alborotó el cabello mientras Ivy la empujaba en un columpio ya olvidado podría estarle recordando en ese instante que hay cosas que no cambian, mientras que las circunstancias sean lo suficientemente amargas como para ser recordadas.

Después de sus actividades en el patio, volvió a la habitación. No se detuvo a tomar a Ivy con cuidado. La levantó por un tobillo, arruinándole el vestido. Creyó que sería la mejor y única venganza que podría llevar en

contra de ella.

Después de tirar su cuerpo al lado de un contenedor de basura, volvió por Aurora para hacer lo mismo.

Tal vez habría perros hambrientos merodeando por la zona, y si no los había le daba igual.

El sol anunciaba un nuevo amanecer para cuando Ahrenys había terminado de limpiar la sangre. Pasarían varios días para que pudiera olvidarse del olor, más que de todos aquellos recuerdos que a pesar del poco tiempo transcurrido ya solo parecían una punzada distante.

Decidió sentarse en medio del vestíbulo, sintiendo el frío recorrer cada parte de su cuerpo. Decidió esperar el amanecer despierta, por primera vez en su vida.

Pensó en cuantos le quedarían y también en esa cruda realidad, la certeza de que el sol jamás dejaría de salir aunque nadie estuviera allí para verlo. Aunque todo lo que conociera o llegara a conocer se extinguiera algún día, el sol seguiría saliendo y la tierra girando. Y eso era orden, y era justo.

Al fin algo estaba bien.

Los primeros murmullos de la mañana se hicieron audibles después de unos minutos. Ahrenys vio pensamientos coloridos recorrer pasillos y formar siluetas de humo. Nunca sabría que pocos días antes, la misma multitud que la envolvería había señalado a su padre con disgusto e indignación. Sería presa del mismo juicio que anunciara la muerte del hombre al que le debía la vida.

Empezaron a llegar sin que ella fuera capaz de prestarles atención. Era más fácil perderse en sus pensamientos, rodearse del calor que emanaban sus mentes y sus cuerpos. Robarles un poco de la energía que desprendían al aire y convertirse a sí misma en un generador. Era más fácil guardar silencio. La valentía se mantiene con temple y la frente en alto hasta que se nos obliga a abrir la boca.

Dolía menos callar que dar explicaciones. Negar era su mejor opción. Tan solo negar y pretender que aquellas horas nunca habían pasado.

La voz de Rakym dispersó los pensamientos de todos en el vestíbulo. Se dio cuenta que la curiosidad malsana de los presentes iba más allá de ser solo eso. Los ruidos de la noche anterior habían causado que más de uno se preguntara mil cosas. Eran confiados y asustadizos, a pesar de vivir en un mundo tan cruel como el suyo.

Tabatta estaba plantada sobre la escalera en espiral. Nadie se dio cuenta como había llegado hasta ahí.

—Por favor, su atención —hablaba con fuerza, imponiendo un estatus adoptado hacía pocas horas— tal vez se pregunten mil cosas, y en realidad nunca les hablo de esta manera pero quiero que sepan que están seguros —hizo una pausa, en la que Ahrenys alcanzó a distinguir la figura de Marta al lado de Rakym, mirándola con intensidad— la gente que ha llegado está aquí para ayudarnos, saben que tenemos muchas cosas por hacer y ellos pueden salvarnos.

<< Ellos nos llevarán al antídoto.

Ahrenys se estremeció al escuchar esas palabras, y más de uno notó su sobresalto. Había mucho más debajo de aquel discurso. Una conversación larga y tendida que no sería capaz de comprender en pocos minutos. Los párpados le parecían mucho más pesados, y comenzaba a sentir algo más que una noche de trabajo sobre los hombros.

Era una responsabilidad más allá del sentido común. Era la vida de miles, o su destrucción inminente.

Tal vez todo terminó por colapsar en su mente. Escuchó las voces de decenas de pensamientos en la sala dirigirse hacia ella mientras caía en espiral hacia el vacío, cantando una canción que desconocía, pero con certeza provenía de un vinilo.

Era la melodía del silencio que anticipa la catástrofe.